

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 41 (2014)
Heft: 5

Artikel: Historia de la artesanía swiss made
Autor: Keller, Stefan
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908359>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 15.03.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>



Historia de la artesanía *swiss made*

La industria relojera ha vuelto a recuperar un nuevo esplendor tras haber sufrido graves crisis. Desde hace años es uno de los sectores industriales de mayor éxito en Suiza. Crónica del mito y el marketing de la relojería.

STEFAN KELLER

Suiza y sus relojeros – con este tema se llenarían bibliotecas enteras. Famosos son inventores y técnicos como Abraham Louis Breguet, que ideó en el siglo XVIII el famoso tourbillon, o Adrien Philippe, que en 1842 inventó la corona para dar cuerda al reloj. Pero también hay otros talentos que eligieron caminos diferentes. Por ejemplo Charles-Édouard Jeanneret, hijo de un esmaltador de esferas de La Chaux-de-Fonds, que aprendió a cincelar cajas de reloj, se dedicó desde 1905 a las artes plásticas y se fue a París. Con el nombre de Le Corbusier hizo carrera a nivel internacional.

Naturalmente, la relojería no era una labor artesanal originalmente suiza; fueron los exiliados hugonotes de Francia quienes la llevaron a la calvinista ciudad de Ginebra. Se sabe incluso cuándo: en 1587 el Consejo Municipal concedió gratuitamente la nacionalidad suiza al francés Charles Cusin – con la única condición de que enseñara su oficio a los orfebres locales. Por su habilidad, incluso el duque de Navarra, quien más tarde fuera el rey francés Enrique IV, solicitó sus servicios. Pronto, el gran maestro desapareció de Ginebra – y la ciudad perdió un cuantioso importe adelantado por el Gobierno, pero la relojería siguió flo-

reciendo. Cien años después, la ciudad contaba con cien maestros que empleaban a trescientos aprendices.

Cada productor tenía un secreto

Cada productor guardaba celosamente desde el principio su propio pequeño secreto de fabricación y su mito histórico. Ya en el siglo XVIII los cronistas no hablaban de artesanos sino de artistas. Uno de estos artistas, autodidacta, fue el fundador de la industria relojera de Neuchâtel. Se llamaba Daniel Jeanrichard y se crió en una aldea llamada Les Bressels, cerca de Le Locle. El padre de Jeanrichard era probablemente he-



rrero, y parece que el hijo hizo un aprendizaje de orfebre; pero en las fuentes de que se dispone no se especifica dónde lo hizo y qué quería hacer con dicho aprendizaje en un pueblucho como Les Bressels.

De todas formas, en 1679 un chalán llamado Peter, que había viajado mucho, se hospedó en la herrería de Les Bressels; llevaba un reloj de bolsillo de Londres que se había estropeado por el camino. Cuando el chalán vio en la herrería algunos trabajos del joven aprendiz Daniel le dio a éste el reloj y el joven logró efectivamente repararlo. Más aún: ese chico de 14 años se propuso fabricar él mismo un reloj similar.

Obras de arte como esta eran hasta entonces “totalmente desconocidas” en las montañas de Neuchatel, escribe el historiador Frédéric-Samuel Ostervald, que en 1765 publicó un libro sobre el Principado de Neuchatel, entonces per-

teneciente a Prusia. Daniel Jeanrichard trabajó un año entero en la fabricación de los instrumentos de precisión necesarios, y posteriormente de los resortes y las cuerdas, la cubeta, las roscas y el volante. En los seis meses siguientes ensambló el reloj, el primero fabricado en el Principado de Neuchatel.

Bajos costos de producción

Ostervald asegura que todos los datos son “totalmente ciertos” y corroborados por “varios artistas”. Y, efectivamente, junto a algunos relojes algo desproporcionados con el cuño de JeanRichard se conserva uno de sus cuadernos de diseño, y también su nombre está documentado en Le Locle desde 1712. Según las fuentes disponibles, empezó a fabricar más relojes y a contratar a oficiales-aprendices de la parte baja de la región. También a sus

Aquí se fabrican relojes de lujo suizos: taller de Audemars-Piguet en Le Brassus, Vallée de Joux

hermanos y después a sus hijos les enseñó este arte. Al parecer, Jeanrichard – su estatua adorna hoy el centro de Le Locle – fabricó incluso un aparato para elaborar ruedas dentadas inventándolo o, más probablemente, copiando a un competidor ginebrino.

Lo que es seguro es que la relojería de aquellos tiempos era mucho más asequible en los pueblos que en Ginebra, también porque en éstos no había ningún tipo de leyes gremiales que obstaculizaran su producción. En 1765, cuando se publicó el libro de Ostervald, se exportaban ya 15.000 relojes dorados y plateados procedentes de los altos valles de Neuchatel. Treinta años después eran ya 40.000 relojes de bolsillo, y además, como escribe Ostervald, una “gran cantidad de péndulos sencillos y montados”. Los pueblos de La Chaux-de-Fonds y Le Locle crecieron hasta convertirse en pequeñas

producción de las diversas marcas se sigue haciendo por separado unas de otras. Con un "estatuto relojero" el ramo se organiza como un cártel, los precios mínimos adquieren fuerza legislativa y se quiere asegurar la supervivencia de las pequeñas empresas.

Es sobre todo el Estado el que interviene esta vez, regulando la importación y la exportación, la fundación o ampliación de fábricas de relojes hasta bien entrada la posguerra, obligando a que dispongan de un permiso, reforzando así las estructuras descentralizadas. Cuando en la Segunda Guerra Mundial y por la subsiguiente división de Europa desaparece más competencia extranjera, la situación favorece a Suiza e impulsa el auge.

La siguiente gran crisis no tarda en llegar. En los años 70 del siglo XX la historia parece repetirse. Una vez más parece que los suizos han perdido el tren del desarrollo técnico, la competencia no sólo vuelve a ser más barata sino además mejor. Esta vez la recesión – reforzada por la crisis del crudo – dura más de quince años dramáticos. Desaparecen del mercado la mitad de las empresas y se pierde más de la mitad de todos los puestos de trabajo.

En la era de oro de la alta coyuntura tras la guerra todavía se pagaban regularmente dividendos de dos dígitos sobre el capital social. Las exportaciones aumentaron de 25 millones de relojes en 1950 a más de 80 millones a

mediados de los años setenta. Y si bien en los años sesenta se derrumbó el cártel de antes de la guerra, con los grandes trusts SSIH y ASUAG se conservó la particularidad helvética: las distintas empresas estaban interconectadas y al mismo tiempo eran mutuamente competidoras.

Escapar de la crisis con cuarzo y lujo

En los años 70 se derrumba el cambio del dólar, aumentan enormemente los precios de las exportaciones pero no los ingresos. Los japoneses y los americanos no sólo fabrican relojes mucho más baratos en fábricas mucho más grandes, sino asimismo con una técnica totalmente nueva: el reloj electrónico con movimiento de cuarzo. Y si bien Suiza dispone del necesario *know-how* desde los años sesenta, no se ha hecho un seguimiento del mismo.

Pronto la SSIH y la ASUAG rozan la quiebra. Empresas como Omega y Tissot pertenecen a la SSIH. Todos los relojeros excepto unas pocas marcas de lujo compran sus movimientos a la ASUAG. En una aparatosa fusión, ambas grandes empresas en ruina se unen en 1983. Muchos conjeturan que éste es el "último intento" de salvar la industria relojera.

En realidad es justamente ahí donde empieza el último capítulo del éxito de la gran saga relojera suiza. El hombre fuerte de la nueva empresa se



El legendario reloj deportivo Reverso, fabricado desde 1931 por Jaeger-LeCoultre en el Vallée de Joux

llama Nicolas G. Hayek. Este asesor de empresas entiende mucho de racionalización. El cupo del mercado suizo a nivel internacional, argumenta, ha descendido a menos del 10 %, pero sólo en lo referente al número de unidades. Opina, sin embargo, que si se consideran las cifras de ventas, la cuota de Suiza es del 30 %, que en el caso de relojes de lujo asciende incluso al 85 %. La industria relojera, pronostica Hayek, original del Líbano, contra la desesperanza helvética, es "un gigante dormido".

Hayek persigue una doble estrategia. Por una parte lanza el económico reloj de cuarzo Swatch, compuesto únicamente por 51 piezas y fabricado por robots. Con su diseño pop se convierte en un objeto de culto durante los siguientes decenios. Por otra parte se revive el antiguo mito del reloj suizo de lujo – ya se sabe, el marketing es lo principal –, el mito del artista relojero, como lo formuló tan brillantemente en su día Frédéric-Samuel Osterwald. La fórmula de Hayek, que falleció en 2010 en Bienne, a los 82 años de edad, funcionó a la perfección. También sus hijos y sus nietos, ahora en la cúpula del Grupo Swatch, registran cada año nuevos récords de ventas.



En 1983 se lanzó al mercado el primer Swatch, pronto un objeto de culto

STEFAN KELLER ES PERIODISTA E HISTORIADOR Y VIVE EN ZÜRICH.